

Una invitación a la lectura

Verónica Oikión Solano

Estudios Michoacanos, núm. VII, México, El Colegio de México, 1997.

Este volumen contiene seis aportaciones sobre la historia zamorana más otros cuatro textos que son de carácter sociológico, los cuales proveen elementos significativos para entender las transformaciones sociales del ámbito zamorano actual.

Francisco Miranda Godínez es quien abre este libro con un estudio titulado “La fundación de Zamora, lo cordial y lo histórico de una fecha”. El doctor Miranda es académico fundador de El Colegio de Michoacán. En su artículo, trae a colación la polémica sobre la fecha de fundación de la ciudad de Zamora. En realidad, para los historiadores una fecha no nos dice nada si no intentamos conocer y analizar el proceso histórico que rodea a la fecha en sí. Por eso, Francisco Miranda, con buen respaldo documental y con un incisivo análisis del mismo, ha evidenciado la debilidad de los argumentos del periodista Manuel Magaña. Asimismo ha vuelto a reiterar, basándose en una revaloración de don Arturo Rodríguez Zetina y con base en el profundo conocimiento de las fuentes precisas, que Zamora fue fundada en 1574 por don Martín Enríquez, y que es fecha “comúnmente aceptada entre los historiadores” (p. 21).

Para quienes se deleitan con la historia del siglo XVI, y específicamente para los deseosos de conocer a fondo los detalles de esta polémica en torno a la fundación de Zamora, el autor ha incluido como apéndices una serie de textos suyos ya

publicados anteriormente en el periódico *Guía*.

Por su parte, el maestro Álvaro Ochoa Serrano, profesor-investigador del Centro de Estudios de las Tradiciones de El Colegio de Michoacán, aborda un tema francamente desconocido y poco valorado en torno a la conjunción de etnias y razas que dio paso al mestizaje en tierras zamoranas a lo largo de ese siglo XVII, definido por el autor como “oscuro e ignorado en la historiografía mexicana”. Desde luego, a lo largo del texto es notoria la maestría en el manejo y conocimiento de las fuentes de carácter documental, que le auxilian de manera puntual en la recreación del siglo XVII zamorano. Ahí, en esa recreación de la vida zamorana, el autor explica que esta ciudad no fue exclusivamente para los españoles o criollos, porque pone el acento tanto en la población indígena —conocida como los tecos— “que habitaban estas tierras a la llegada del hombre blanco”, como en los negros y mulatos, de origen africano. Álvaro Ochoa nos da cuenta de dónde y cómo —en el espacio zamorano— se ubicaron negros, mulatos e indios tecos. Aunque, a decir del autor, “la falta de respeto a la línea de color y la inmediatez tentadora entre castas dio pie al champurrado de moriscos, al revoltijo de coyotes y lobos. Cosas de la vida”.

Con las pruebas documentales que nos presenta Álvaro Ochoa no podemos negar la mezcolanza de etnias y razas en la antigua configuración poblacional de Zamora. Una faceta un tanto oscura que sale a la luz pública con esta acertada investigación.

Los tiempos de don Porfirio todavía dan mucho de qué hablar. Y para el caso de Zamora, más. Heriberto Moreno García dejó un escrito póstumo en el que recrea la cotidianidad zamorana durante el porfiriato. Este estudio lleva por título “Diez estampas de vida social zamorana en tiempos de don Porfirio”. Heriberto Moreno alude al poco interés mostrado por la historiografía michoacana en torno a la vida cotidiana de los pueblos, de la gente, de ese “mundo conservador y tradicional”, tan rico en su expresión cultural. Para lograr su objetivo y reconstruir esas historias, Heriberto Moreno hizo uso de los expedientes penales del Archivo Histórico del Poder Judicial del estado de Michoacán. Los juicios en sí no son de su interés, porque realmente lo que va a rescatar son “las circunstancias donde se dieron los hechos”. Este documento de Heriberto Moreno es un excelente ejemplo de cómo el historiador no sólo hace uso de sus fuentes magistralmente, sino que su proceso de análisis e investigación histórica está teñido de imaginación, cualidad realmente importante para la reconstrucción y recreación de los ambientes y espacios sociales.

Cada una de las diez estampas a las que se refiere el autor es una ventana histórica hacia atrás en el tiempo y a través de la cual podemos mirar, observar y entender la vida cotidiana zamorana del porfiriato. El autor nos lleva de la mano para acercarnos con vitalidad histórica al acontecer diario del comercio en mercados y tiendas, a la manera en que se hacían las rutas de

transportes y a la peligrosidad existente, debido a las pocas o inexistentes medidas de seguridad en los caminos michoacanos. También descubrimos los “caminos de agua” de esta región. Al mismo tiempo nos trasladamos a las haciendas para descubrir cómo a su alrededor “se constituyó toda una estructura del trabajo que abarcaba desde los encargados del orden, capataces, administradores, sirvientes, arrieros, herreros, arrendatarios, medieros”, etcétera. Por supuesto, la conflictividad social en el campo y los intereses personales de propietarios también se hacen patentes en una de las estampas: Asimismo encontramos los modos en las transacciones comerciales, así como la “costumbre muy extendida [de] resguardar los ahorros monetarios de maneras muy rudimentarias, a causa de la inexistencia de instituciones bancarias”. Otra estampa nos abre el panorama del ejercicio de la medicina y sus implicaciones sociales y culturales. Sale a flote también la mentalidad de los hombres y mujeres zamoranos que buscan hacerse justicia por propia mano, y de aquellos que rompen con la norma y la regla establecidas en torno a la moralidad individual y pública. La última estampa está dedicada a las diversiones públicas: fiestas charras, fiestas patronales, matrimonios, cumpleaños, bautizos y hasta eventos de carácter político.

El cuarto lugar corresponde al estudio de Martín Sánchez Rodríguez, investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán, titulado “Los Dávalos, una familia oligárquica del Bajío zamorano”, que resulta una descripción exhaustiva y muy bien documentada sobre la familia Dávalos. Esta historia familiar se remonta a los primeros años de la colonia, y a través de una genealogía muy rigurosa que realiza el

autor, nos explica la relación de la familia Dávalos “con la unidad de producción denominada hacienda, durante la segunda mitad del siglo XIX” (p. 94).

Si al inicio del clan Dávalos había vocación en sus miembros por conservar y acrecentar sus propiedades rurales, en el declinar del siglo XIX algunas ramas de la familia se mostraron totalmente ajenas y desinteresadas por continuar impulsando productivamente sobre todo su hacienda de San Simón, como unidad productiva familiar. Con el fallecimiento de Arcadio y Nicolás Dávalos se inició la división territorial de la hacienda, y por tanto —nos dice el autor— “dejó de ser uno de los elementos cohesionantes de la familia Dávalos”. Finalmente, San Simón pasó a diversas manos, y hacia la primera década de este siglo encontramos que los Dávalos tan sólo tenían el control de “poco más o menos las dos quintas partes” de lo que originalmente fue la gran heredad que daba lustre y prosapia a una de las familias más ricas del entorno zamorano.

El siguiente texto fue escrito por María Gayón Córdova, y lleva por título “La producción y los artesanos de Zamora”. Con la ayuda de estadísticas, noticias y padrones del distrito y del ayuntamiento de Zamora, María Gayón nos presenta un meticuloso panorama estadístico de la actividad manufacturera en Zamora, sobre todo entre los años 1883 y 1913. El aporte de este trabajo es que no sólo nos expresa la riqueza y diversidad del trabajo manufacturado y artesanal realizado en Zamora, también nos habla del tipo de trabajadores —tanto técnicos como artesanos— que se distinguían por su especialización en el proceso de trabajo, pero sobre todo por su dedicación y el cariño que le profesaban a sus labores.

Así, Zamora se nos revela como un muestrario muy rico en cuanto a producción manufacturera se refiere. Tenemos como ejemplo de ramas de producción, entre otras muchas, rebocerías, obrajes y textiles, sastrerías y confección de ropa, sombrererías, curtidurías, zapaterías, carpinterías, herrerías, hojalaterías, platerías, impresores y tipógrafos, cigarrerías, panaderías, molinos, dulcerías, neverías y otros productos como hielo, piloncillo, cerveza, aguas gaseosas y pastas para sopa. Cuando las fuentes auxilian a la autora, ha podido en varios casos expresar cuantitativamente la producción de cada rama, y hasta sus destinos locales y regionales.

Si bien apunta María Gayón que muchos de estos establecimientos manufactureros eran “sumamente pequeños”, y se veían constantemente amenazados por los vaivenes del mercado, no está por demás señalar que este artículo desmenuza tanto cuantitativa como cualitativamente los procesos de trabajo, y con ello aporta un inventario bastante completo de lo que fueron los establecimientos manufactureros de la Zamora porfirista.

Por su parte, Gladys Lizama Silva, investigadora de El Colegio de Jalisco, hace una reflexión más bien teórica en su ensayo titulado “Historia de las mentalidades y modo de ser de las familias zamoranas del porfiriato”. Con un bagaje anclado en la historia de las mentalidades, desarrollada primordialmente por historiadores franceses como Jacques Le Goff y Philippe Ariès, pretende la autora “estudiar las estructuras mentales que rigen y ordenan la vida de los grupos sociales”; en una palabra, “investigar la memoria colectiva, el modo de ser”, es decir, del comportamiento de un conjunto humano.

Su intención al estudiar a las diez más grandes fortunas zamora-

nas de la época del porfiriato tiene tres vertientes. Por un lado, observar la “evolución en el tiempo” de la trayectoria económica de tales fortunas. Por otro, con una metodología de la historia social, adentrarse en la vida de dichas familias, sus entrecruzamientos y por supuesto sus relaciones. Por último, el estudio clave “del modo de ser, del estilo de vida y de las creencias de esas familias”, se refiere necesariamente a la historia de las mentalidades.

Alrededor de este último tema la autora reflexiona acerca de los puntos en los que está poniendo el acento al realizar esta amplia investigación doctoral. Vale la pena hacer una breve enumeración: el comportamiento de los ricos porfiristas zamoranos está inmerso en un mundo donde prevalecen relaciones de parentesco, padrino, “de amistad y de clientela”. Todos ellos tenían una “concepción providencialista del mundo, que trasciende el antagonismo entre liberales y conservadores”. Por su encumbrada posición desdeñan el trabajo físico, y la estratificación de las clases y la misma sociedad “es concebida como un orden natural jerarquizado”. No admiten mezcla o relación de igual a igual con los pobres en la escala social, a quienes ven como inferiores. Su relación con ellos se basa en la “autoridad y el paternalismo”. Por supuesto, son devotos católicos a ultranza; su moral es tradicionalista y conservadora. Al mismo tiempo ejercitan la caridad como valor moral relevante. La educación que propagan y defienden refuerza en ellos todas estas cualidades de su modo de ser.

En séptimo lugar Carlos Alberto Casas Mendoza nos ofrece un interesante artículo denominado “Tabaco, capital y cambio social. El caso michoacano”. A través de su texto nos ilustra cabalmente acerca de la trayectoria seguida por la

industria cigarrera zamorana, a cuyo frente se encuentra la conocida fábrica de cigarrillos La Libertad.

El autor nos refiere brevemente algunos antecedentes que nos permitan ubicar la importancia que tiene para Zamora, Michoacán y para el país, el hecho de que a lo largo de ochenta años La Libertad haya logrado sortear toda clase de obstáculos como empresa cigarrera frente a los embates de las transnacionales del tabaco. Anota el autor que a partir de mediados de los años veinte, y ante el empuje del capital transnacional que absorbía o hacía desaparecer fábricas y pequeños tendajones dedicados a la producción cigarrera, “la única excepción de este proceso de desaparición [...] fue el de Zamora, donde la fábrica La Libertad logró sortear el empuje de las grandes compañías”.

A partir de esta apreciación, Casas Mendoza nos explica las distintas estrategias seguidas por la empresa para tener todos los hilos en la mano y continuar produciendo sin caer en graves tropiezos. Y nos habla de la capacidad de la empresa “para permanecer en el mercado productor de cigarrillos” y para cubrir y captar el mercado de grupos específicos de consumidores.

Enseguida tenemos el estudio de Danú Fabre Platas que se acerca con ojos sociológicos a un estudio que lleva por título “¿Nuevos sujetos sociales en el escenario religioso? Las congregaciones pentecostales en Zamora”. La modernidad zamorana también ha tenido un costo en el cambio de mentalidad y por ende de religiosidad. Todavía hasta hace unos años era inconcebible que los zamoranos no profesaran la religión católica. Ahora, este estudio nos muestra una verdadera gama de iglesias, preponderantemente de carácter protestante.

Por eso el autor intenta acercarse al estudio del principal actor de este proceso, es decir, “mostrar que el converso al pentecostalismo en Zamora está construyendo una nueva forma de ordenar su vida cotidiana, tanto en relación con el predominio del culto y de la Iglesia católica, como en relación con su propia individualidad como ser humano”.

Todo ello, nos dice Danú Fabre, es muestra de la “recomposición del campo religioso” dentro del cual se desarrollan tanto el pentecostalismo zamorano como sus propios actores sociales. Las congregaciones pentecostales zamoranas son instituciones religiosas que hacia 1992 “representaban más del 50 por ciento del total localizado (9 de 16 templos)”, establecidos “en su mayoría al norte y noreste de la ciudad, en las colonias populares que nacieron del crecimiento amorfo de los años setenta y ochenta” (p. 206).

El autor se detiene en la descripción y el análisis del converso al pentecostalismo, “como sujeto social y religioso”. Nosotros preguntaríamos hasta qué punto este fenómeno se ha extendido a otras comunidades del territorio michoacano, y cuál puede ser su significado y sus alcances no sólo religiosos sino sociales y hasta económicos y políticos.

También Rogelio Marcial trae a colación un tema de evidente actualidad para la “zamoranía”. Su texto, titulado “Paisajes ciudadanos, simbolismos urbanos. Ciudad, barrio y banda juvenil en Zamora”, nos sitúa en una realidad social que no podemos ni debemos obviar. Ahí, en los distintos barrios de la ciudad, viven, sobreviven, con más frustraciones que aspiraciones, nutridos grupos juveniles que buscan sus espacios y los reclaman a veces con la violencia misma. Des-

pués de definir algunos conceptos teóricos y de aproximarnos al análisis de barrio como “hogar extendido”, el autor nos expresa que “es el hombre quien construye y vitaliza los espacios cotidianos”. A partir de esta caracterización nos adentramos con el autor en lo que él llama el “barrio bravo del Duero”, conocido por todos nosotros, y cuyas calles angostas

y pequeños jardines en el corazón del barrio permiten recrear simbolismos colectivos llenos de significados: el taller del Güero; la esquina de las maquinitas; la tienda de don José; junto al jardín; donde acostumbra estar El Rocha; tras la escuela; donde aparñaron a El Bato, etcétera.

Ahí, en el barrio del Duero, así como en otros barrios populares de la ciudad, como El Carmen, la 20 de Noviembre, La Ramírez, INFO-NAVIT La Pradera, San Juan, Palo Alto, son espacios donde se concentran alrededor de unas 20 bandas juveniles, que en su indumentaria, simbología y lenguaje expresan una fuerte influencia del movimiento cholo, debido obviamente al “alto índice de migración juvenil en Zamora hacia Estados Unidos”.

En la última parte de su texto, Rogelio Marcial aborda más particularmente el modo de ser, las actitudes, las acciones y las frustraciones de la Banda Santanas, con la

cual convivió el autor como observador participante para poder realzar su estudio sociológico. Marcial se pregunta si los miembros de las bandas juveniles tienen derecho a expresar sus inconformidades y sus aspiraciones como ciudadanos que son. Es un derecho —nos dice— que no puede objetarse ni escamoteárseles.

La última contribución que conforma este volumen estuvo a cargo de Salvador Pérez Ramírez. Este último artículo aborda un tema candente para la realidad actual de Zamora. Se titula “Crecimiento urbano y uso del suelo en Zamora”. Su propósito es

presentar una apreciación general de la forma en que se ha expandido la ciudad de Zamora, así como el comportamiento de los agentes inmobiliarios y la intervención de los ayuntamientos en relación con el desarrollo del mercado de la tierra y el cambio de uso del suelo desde 1960.

El balance que hace el autor sobre esta problemática, que en mayor o menor grado afecta a todos los zamoranos, es realmente preocupante. Por encima de los intereses mayoritarios de la población han prevalecido los intereses de grupos económicos minoritarios. No es que no haya habido una intención de la autoridad para planear la ciudad, sólo que “los intereses de unos cuan-

tos ocasionan el cambio indiscriminado del uso del suelo y atentan contra la dimensión humana y el uso racional de los espacios”. A pesar de que existe un Plan Director de Desarrollo Urbano “no se ha logrado frenar el crecimiento ‘desordenado’ de la mancha urbana”. Dicho plan especifica que deberá expandirse la ciudad hacia el oriente y, por supuesto, contempla la conurbación Zamora-Jacona; al mismo tiempo se señala también “el crecimiento del desarrollo habitacional, comercial e industrial y las correspondientes zonas de preservación y de reserva ecológica”. Sin embargo, la realidad es otra y es cruda. Salvador Pérez nos explica que el plan está en el centro de “las negociaciones entre los ‘inversionistas’ y el ayuntamiento”. Y su autoridad queda en entredicho cuando “el capital” ignora y no respeta el Plan y demás ordenamientos urbanos.

En este momento, el autor considera que “los logros en materia de ordenación urbana llegan a ser simbólicos”. Ojalá que los grupos civiles y los órganos consultivos en materia de urbanismo y ecología que se han constituido “en la última década” impulsen, junto con la autoridad municipal, acciones sustentadas en una propuesta que dé cauce a las aspiraciones legítimas de las mayorías zamoranas para construir y disfrutar su entorno urbano.